

Reseñas

José Luis Puerto, *De la intemperie*, Madrid (Calambur) 2004. 104pp.

La poesía de José Luis Puerto tiende hacia la esencialidad. Lo sabe bien el lector que recuerde libros anteriores del poeta, especialmente *Señales* (1997). Por otro lado, esta esencialidad de la palabra va dejando huellas, “señales” en sus diferentes libros, creando una intratextualidad de gran rendimiento, identificadora de lo que es el periplo poético de Puerto. El poeta salmantino ha ido podando ramas y desprendiendo hojas para quedarse en lo esencial: el tronco, la savia, la raíz. La muestra externa de tal esencialidad es el poema breve y el verso corto, lo que evita el desperdigamiento y la glosa para centrarse en un núcleo de pensamiento poético que es el poema. Esa esencia del poema responde a otra más profunda: la del alma, bien expresada en el poema “Posición interior”, con la imagen del pájaro que vuela exclusivamente hacia “el centro de su anhelo”, hacia ese interior iluminador del alma: “...las cosas del adentro, / Que son siempre las más altas, / Que es donde hay más luz”.

De la intemperie es ya título significativo, alusivo a la precariedad del hombre y de la vida, algo expresado con claridad en el poema “(dejados)”. Cuatro citas preceden a los poemas: las dos de John Berger inciden sobre el dolor y la necesidad de compartirlo, tanto como de resistirnos al mundo de sufrimiento en que vivimos; la de Simone Weil propone una conciencia universal que obliga al respeto al hombre y entre los hombres; la de Eugenio Trías conecta verdad y anhelo. Las cuatro nos hablan del hombre, de lo humano como centro de interés, de reflexión, de obligación moral. Son citas que plantean de antemano el meollo de la cuestión del libro de Puerto.

Por otra parte, se trata de un libro cuidadosamente organizado en cuatro partes de 19 poemas cada parte: 76 poemas en total. No sé si tales apreciaciones numéricas albergan algún significado oculto. Significado tiene el hecho de que cada parte finalice con un poema de igual título: “(anhelo)”. Los títulos van entre paréntesis y con minúscula, y, en general, cifrados en una sola palabra esencial, el núcleo significativo del poema. Por lo que llevamos dicho, el anhelo se constituye en aspiración última hacia la que confluyen los poemas todos de cada parte y del libro en su conjunto.

Y ¿qué es el anhelo? Aquello hacia lo que uno aspira. Frente al mundo exterior (“tiempo de profanaciones”), el poeta opone su “resistencia”: “Resistir en la luz, qué otra cosa nos queda”. Yo creo que una forma de resistencia es ese anhelo que puede hacernos “soñar la infancia” (una de las pérdidas constatadas) y que puede ir impregnada de un halo sacro que proviene del mundo interior que capta el don de lo sagrado; resistencia desde las raíces (un lugar, una infancia, una memoria).

Como decimos, frente a la intemperie, la precariedad, la fragilidad del hombre, el poeta opone la resistencia. Digamos que se resiste desde dentro. El mundo está ahí; frente a él, la desnudez del alma, la desnudez de la palabra. Resistir no es aguantar, no es resignarse, sino oponerse desde convicciones irrenunciables. Y desde dentro. Desde dentro se sufre, se calla el dolor o se le da voz (dolor, otra palabra honda que habla, en esta poesía, de sentimientos compartidos). Desde dentro: “No hay otra guía propia / Que la del corazón”. El corazón despojado, del que brotarán nuevos sueños.

El despojamiento (y otros términos en la misma estela semántica, como desnudez, pérdida, etc.) es otro vocablo de profundidad poética en Puerto. El despojamiento no tiene sentido negativo; al contrario, habla de un espíritu ascético que, despreciando la hojarasca, busca lo esencial: léase el poema “(voz)” al respecto.

Una forma sana de despojamiento es el silencio (otro término iluminador). El silencio se relaciona con la intimidad personal y, asimismo, con la manera de ser de esta poesía que tiende a la brevedad, al poema desnudo o despojado, a la levedad del vuelo silencioso, a la palabra apenas musitada para no perturbar el silencio interior del alma retraída hacia sí misma.

El despojamiento lleva, creo yo, hacia el simbolismo de lo que espera, de lo que está latente: el árbol desnudo en espera de nuevo rebrotar; la nieve que convierte el paisaje en una espera recogida, quieta y silenciosa; el invierno del campo aparentemente muerto, pero que es semilla a la espera. Hasta la piedra es signo de germinación, como lo es del silencio (piedra callada) y, en su quietud, una forma profunda de ser y de permanecer.

La voz “despojamiento” lleva al poeta a sentir con los derrotados, los desheredados, los pobres...: representan la otra voz, la voz silenciosa -si se me permite el oxímoron-, la voz de la intrahistoria, la voz que resiste, ajena a la imposición, a la norma, al poder; la voz verdadera y libre que no regula ni se impone: simplemente es. Ser es lo esencial. Lo demás (ideologías, poder, etc.) sólo es adherencia insustancial, hojarasca. Esa voz despojada (la de los despojados) es la voz que es y “que viene de muy lejos”. Es el rumor (no el ruido) de la intrahistoria, por acordarnos de Unamuno. Las mismas huellas del hombre son señales (otra palabra llena de resonancias en la poesía de Puerto) de despojamiento y precariedad. Los signos en la piedra (losa, sepulcro...) son huellas o señales de lo desaparecido. Permanece la huella, no la presencia. Dan cuenta del vacío, de la muerte. Quieren luchar contra el olvido y producen “melancolía / Por lo que ya no vuelve”. La poesía es una de esas señales que busca resistir frente al tiempo: “No dejar otras huellas / Que las de unas palabras / Que buscan ser señal / De un paso por el mundo / Y un modo de estar / Consigo y con los otros”.

Asceta de la palabra despojada de adherencias inútiles, Puerto poetiza en *De la intemperie* el vivir del hombre sin techo protector. Más que lo que está, nos parece percibir la huella de lo que no está. De ahí los sepulcros vacíos, los árboles sin hojas, el invierno en el que la vida aún no ha brotado, el hogar de la pobreza, en los recuerdos de infancia, los signos actuales de la despoblación... Y la palabra, al fin, desnuda también para hablar de lo esencial humano. La palabra poética que -dice el poeta- “se ofrece como morada frente a tanta intemperie”.

José Enrique Martínez Fernández

Gaspar Moisés Gómez, *Y mañana tampoco*, León (Leteo) 2004. 70pp.

Gaspar Moisés Gómez pertenece por edad y condición a la llamada promoción del cincuenta o del medio siglo, una promoción que se ha querido circunscribir a unos nombres determinados, frente a los cuales otros -como fue años atrás el caso de Antonio Gamoneda o es ahora el de Gaspar Moisés